II

TRES CADÁVERES

Después de la visión que había tenido de su hijo durante el sueño, y comprendiendo Aurora la inutilidad de sus llamadas, volvió á caer en la otomana presa de completa postración.

Así permaneció hasta la mañana, con el cerebro perturbado y sin tener fuerza para pensar.

Tal vez se hubiera prolongado durante parte del día ese estado de anonadamiento, á no ser porque, muy temprano, acudió junto á ella su doncella, muy espantada y temblorosa, para anunciarle una terrorífica noticia.

Fermín, el jardinero, al ir, como de costumbre, á su trabajo, al amanecer, acababa de descubrir en el parque los cadáveres de dos hombres extraños á la casa, uno con una herida producida en la frente por la punta de una espada, al parecer, y el otro llevaba en la

sien una navaja en forma de estilete, clavada hasta la mitad de la hoja.

Esta noticia sacó de su amodorramiento á Aurora.

— ¡Dios mío! ¿qué me dices, Germana? — exclamó sobresaltada. — ¡En mi jardín dos cadáveres! ¿Qué será eso?

— Es lo que nos preguntamos nosotros.

— ¿Dónde está Fermín?

— En la antesala. Como suponía que usted querría verle, le he mandado subir.

— Dile que venga.

Germana fué en busca del jardinero, y volvió en el acto con él.

— ¿Qué me ha contado Germana? — le preguntó Aurora.

— La verdad, señora condesa, la pura verdad.

— ¿Luego han matado á dos hombres en mi jardín?

— Sí, señora condesa.

— Esta noche.

— Seguramente habrá sido esta noche; puesto que ayer tarde, antes de acostarme, hice mi ronda por el parque y no vi nada.

— ¿Cómo ha descubierto usted los cadáveres.

— Mire, señora condesa: Estaba yo hace un rato recogiendo las ramas muertas del bosque, como hago todas las mañanas desde que empieza la mala estación, cuando mi pie tropezó con algo que estaba en el suelo y que yo no veía á causa de que aun no era del todo de día.

Entonces me bajo para ver lo que era aquello, y dis-

tingo tumbado en la yerba á un hombre que parecía dormir.

Al principio creí que era Juanillo, mi ayuda de jardinería, que á veces suele tomar una copa de más; y á quien de cuando en cuando encuentro durmiendo al sereno; pero no tardé en reconocer que me equivocaba.

Juanillo es un muchacho bajito, mientras que el individuo en cuestión tenía sus cinco pies de estatura; Juanillo apenas tiene dos pelos bajo la nariz, mientras que el hallado tiene un par de bigotazos que parecen crines...

Por lo tanto, no había duda, no era Juanillo.

Seguro, pues, de ello, agarro al individuo por un hombro y le grito :

— ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha entrado aquí? ¡Granuja, ladrón, bandido!...

Y lo sacudo y le doy vueltas para despertarlo, apresurándome á agarrarle del pescuezo para que no se escapase.

Pero no se movía y estaba rígido, rígido.

Entonces, corro á buscar un farol para examinarlo mejor, y al volver, ¡qué es lo que veo! ¡Dios mío!

Todavía tengo la muerte chiquita.

Figúrese, señora condesa, que el hombre tenía aquí — Fermín señaló la sien — clavado hasta la mitad, una especie de cuchillo largo, de dos filos...

Parecía haberle sido clavado con un martillo, y de bastante peso.

Me quedé allí, estupefacto, cuando, mirando maquinalmente á los alrededores, veo dos pies y el nacimiento de las piernas, que salía de un manojo de árboles.

Me acerco de prisa... aparto las ramas... y descubro un segundo personaje, que no parecía mejor arreglado que el primero.

En seguida lo saco de allí y lo miro á la luz del farol.

Ése no tenía navaja en la cabeza; pero le veía aquí, un poco más arriba de la nariz, un agujerito negro y profundo en donde fácilmente hubiera podido penetrar un dedo de niño.

Estaba también muerto y desde el mismo tiempo que su compañero.

— Se habrán batido juntos y matado mutuamente — observó Aurora.

— Eso es lo que pensé yo al principio, señora condesa, porque he recogido dos espadas del suelo, lo que ya hubiera bastado, sin necesidad de la navaja, para matarse uno á otro.

Pero, reflexionando, he visto que no podía ser.

— ¿Por qué?

— Porque las dos heridas han debido de producir la muerte instantánea. Figúrese... aquí, entre las cejas, y en la sien...

— Entre las cejas — repitió muy bajito la condesa, estremeciéndose.

Y lanzando un suspiro, añadió, también para su capote :

— Sólo Cocardasse y Passepoil pueden tener el

secreto de la estocada de Nevers... ¿Habrá venido alguno de ellos hasta aquí, á administrar justicia?

— Por consiguiente, es probable que el primero que ha sido muerto no haya podido matar al segundo.

— Es bastante lógico — aprobó Aurora que, á pesar de la gravedad de la situación, sonrió ante la reflexión del jardinero. — Entonces, ¿cómo explicar tan extraña aventura? Además, ¿por dónde han entrado en mi casa?

— Ya creo saberlo; he encontrado abierta la puerta del pozo, y en la tapadera que lo cierra, he visto huellas de pasos, y muchas, lo que me hace suponer que había varias personas.

— ¡Dios mío! ¿Qué puede haber pasado en mi hotel.

— Voy á decírselo, señora condesa — pronunció repentinamente una voz por detrás de Fermín, que dió un brinco.

— ¡Cómo! ¿Usted aquí, señor Helouin? — exclamó Aurora al conocer al policía, que acababa de entrar sin ser visto. — ¡Qué casualidad!...

— Sí, señora, soy yo, y comprendo que le choque mi presencia.

— En efecto, es una verdadera sorpresa... por supuesto, agradable,

— Gracias, señora. Pero, ante todo, perdóneme el haberme introducido así en su casa; como no he encontrado á mi paso ningún criado que pudiera anunciarme y como lo que tengo que decir á usted no debe sufrir el menor retraso, me he permitido quebrantar, por una vez, las formas sociales.

— Está usted muy perdonado; no ha encontrado á

nadie, porque toda mi gente estará, sin duda, en el jardín, que ha sido esta noche teatro de una escena rara...

Pero, ¿no acaba usted de decirme que está enterado?

— Sí, señora, y tanto más, cuanto que yo he intervenido en ella.

— Usted...

— Yo; lo mismo que Cocardasse y dos amigos suyos. Los cuatro estábamos en este parque anoche, á eso de las doce.

— ¿Con qué objeto?

— Con el de impedir que... su hijo cayera en manos de sus enemigos.

— ¡Mi hijo! — exclamó Aurora, que al oír esa palabra saltó, por decirlo así, hasta Helouin, cuyo brazo agarró apretándolo hasta hacerle daño. — ¿Mi hijo, ha dicho usted?

— Sí, señora, su hijo, á quien por fin hemos hallado.

— ¿Han hallado á mi hijo!

— Ya hace tiempo.

— ¿Y no me lo decían ustedes?... ¿Han tenido ustedes valor para dejarme con mi angustia?

— No podíamos decírselo aún.

— ¡Dios mío! — murmuró la pobre madre, poniéndose tan blanca como sus encajes y próxima á desmayarse; — ¡creo que me voy á morir de alegría!

— Conténgase usted señora, por favor. Ya que ha sido usted fuerte en la desgracia, séalo también en la dicha.

— ¿Dónde está? ¿Dónde está mi Felipe?... — pre-

guntó Aurora, que tenía una idea fija. — Pronto... pronto... Tráigamelo... ó no, mejor es que me lleve á mí á él...

— Espere usted, condesa, espere...

— No, no; ¿por qué esperar?... ¿En dónde está?... ¿en dónde está?...

— Voy á decírselo, ó, cuando menos, á decirle dónde estaba anoche.

— ¡Hable! ¡hable, por favor!

Mi hijo está... ó estaba... ¡oh Dios mío! mi cabeza se extravía...

— Una vez más, señora... tenga calma; esa emoción la perjudica... Si se acalora de ese modo, no le podré decir nada.

— ¡Pues bien! mire, ya estoy tranquila... — repuso la condesa, haciendo violentos esfuerzos para dominarse. — Vamos, hable... ya puedo oírle... ¡Qué le retiene?...

No le pido más que un segundo para satisfacer su legítimo deseo.

Ante todo, señora, debo enterarle de cuanto ha ocurrido esta noche aquí, en su casa; es absolutamente necesario.

— ¡Qué tortura me proporciona usted!

— No será larga, se lo juro. Escúcheme, pues, apaciblemente, y así acabaré pronto, si no me interrumpe. Pero, quisiera que me oyese usted sola.

Á una seña de su ama, desaparecieron Fermín y Germana. Cuando se hallaron solos la condesa y Helouin, continuó éste:

— Por medios que es inútil conozca usted y que importan poco á la cosa, sorprendí la semana pasada un complot tramado contra la vida de su hijo. Tratábase de tenderle un lazo para asesinarle cobardemente.

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Lo habrá usted puesto en guardia en seguida?

— ¡Al contrario!

— ¿Cómo!...

— ¿No le he dicho, señora, que queríamos tener pruebas de la culpabilidad de quienes sólo teníamos sospechas?

Para conseguirlo, nos hacía falta cogerlos en flagrante delito; pero arreglándonos de modo que no pudieran ejecutar su deseo.

Eso es lo que casi hemos conseguido.

El lazo consistía en una cita que so pretexto de revelarle el secreto de su nacimiento, había dado á su hijo una mujer, cita durante la cual sus enemigos pensaban atacarle y quitarle la vida.

Le hemos dejado que acudiese á la cita.

— Me hace usted temblar... ¿Han llegado ustedes á tiempo para salvarlo? — preguntó con ansiedad Aurora.

— Espere... La mujer que servía de instrumento á los asesinos era...

— ¡Bathilde de Wendel! podría jurarlo... interrumpió la condesa.

— La misma.

— ¡Ah! ¡qué miserable!... en efecto sólo podía ser ella... ¿Y adónde le ha atraído?

— Aquí, en su propia casa.

— ¿Aquí mismo?

— Sí, en su cuarto, donde debía consumarse el crimen.

Y como yo lo sabía, he venido, pasando por la puerta del pozo, á emboscarme en el jardín, con Cocardasse y los dos Passepoil, de quienes habrá usted oído hablar, á fin de sorprender á los bandidos en el momento en que subieran á las habitaciones de Bathilde para asesinar á su hijo.

Pero, habiéndose cambiado, sin saberlo yo, la hora de la cita, cuando llegamos nosotros, ya estaba Felipe defendiéndose contra sus enemigos, como pudimos convencernos por un ruido de lucha que salía del cuarto de su señorita de compañía y que de pronto llegó hasta nosotros.

Sin perder un momento, íbamos á lanzarnos en su auxilio, cuando vimos correr á la cuadrilla de asaltantes, que eran cinco, que salieron en su persecución por el jardín.

Evidentemente, creían que había bajado.

Esto nos extrañó mucho.

Desde el puesto en que estábamos, habíamos vigilado con la mayor atención la entrada trasera del hotel y no vimos salir á nadie.

Sin embargo, era seguro que el joven pudo escapar del lazo que le habían tendido.

Pero ¿cómo?

Eso es lo que no nos pudimos explicar, ni perdimos el tiempo en averiguarlo.

Lo principal para nosotros era que él estuviese á salvo.

Ahora bien, como temíamos que los bandidos le alcanzasen, nos arrojamos sobre ellos, atacándoles vigorosamente.

Uno de ellos se dió á la fuga, así es que éramos cuatro contra cuatro.

El combate duró mucho tiempo; por fin conseguimos matarlos á todos, uno tras otro...

Y he ahí la causa de que haya cuatro cadáveres en sus jardines, condesa.

— ¿Cuatro?... Fermín no ha visto más que dos.

— Hay otro dentro del pozo; y un cuarto que debe de estar ante la fachada.

— Si está, lo encontrarán... Pero ¿qué ha sido de Felipe.

— Ahí está el misterio.

Como acabamos por creer que habría salido del hotel sin que nosotros nos enterásemos, aunque, se lo repito, la cosa nos parece imposible, nos decidimos á machar-nos después de esperar un rato, y cada cual se fué á su casa. Lo más probable era que su hijo, que vivía con los Passepoil, hubiera ido allí, he estado yo hace una hora; pero aun no había vuelto él.

— ¿No había vuelto?... En ese caso, ¿dónde puede estar?

— Seguramente, no tardaremos en saberlo. Ahora ya no debe usted temer nada por él.

— ¿Cree usted?

— Nada, absolutamente.

— Sin embargo, es muy raro que no se le haya vuelto á ver.

Luego, ocurriéndosele una idea, exclamó :

— ¡Ah! ¡ahora recuerdo una alucinación singular de que he sido presa esta noche!

Era poco más ó menos á la hora de que usted habla; estaba yo tumbada en esta otomana, medio dormida, cuando creí ver... cuando he visto... porque era él... sí, él era... estaba arrodillado ahí... á mi lado... le he hablado... y me ha respondido...

— ¿Qué dice usted, señora?... ¿Lo ha visto?... ¿Le ha hablado?

— Sí, sí, estaba yo en uno de esos sueños lúcidos que tienen á la vez parte de sueño y de realidad... y ahora que recuerdo claramente, estoy convencida de que Felipe ha venido aquí... á este cuarto... Aunque los ojos de mi cara estaban cerrados, los de mi alma le veían...

— Espere usted, condesa — dijo Helouin reflexionando — podría ser que en lo que usted me dice estuviera la explicación de su desaparición.

¡Quién sabe si el joven, á quien sus enemigos creían ya en el jardín, se habrá quedado en el hotel, donde, al buscar la salida, se extraviara!

Quién sabe también si por uno de esos magnetismos cuyo análisis escapa á la inteligencia humana y que, sin embargo, existen de modo innegable, no habrá sido guiado hasta usted... hasta su madre, cuyo corazón salía al encuentro del suyo.

La cosa es muy posible, y con frecuencia he oído citar casos parecidos.

— Eso debe de ser... Como usted dice, mi corazón

había sentido que estaba aquí... á pocos pasos de mí... y ha ido á él... me lo ha traído...

Y si en aquel momento se hubiera usted despertado, hubiese podido abrazar á su hijo... Los dos se habrían ustedes conocido, sin necesidad de ser presentados.

— Es que me he despertado casi enseguida de la aparición... mas ¡ay! ya se había ido... En vano lo he llamado... No lo he vuelto á ver...

¿Por qué no se habrá quedado, Dios mío?

— Dios habrá empleado ese medio para acercárselo un instante; pero juzgando que aun no ha llegado la hora de devolvérselo, le habrá sugerido la idea de marcharse antes que usted despertase.

— ¿Y dónde puede haber ido, al salir de este cuarto?... Quizás esté todavía en el hotel...

— No lo creo, señora; más bien creo que, después de haber conseguido salir de aquí, habrá errado toda la noche por París, con la imaginación llena de los acontecimientos extraños que le han acaecido y que, en el momento en que hablamos, estará ya camino de su domicilio, adonde le veremos volver de un momento á otro.

— ¿Y si no vuelve? ¿No me ha dicho usted que uno de los que le aborrecen ha huído?

— En efecto, lo que me ha entristecido mucho, pues era precisamente el jefe de la cuadrilla y del que más hubiera yo querido apoderarme. Sus compañeros no eran sino simples comparsas.

— ¿Le conoce usted?

— Sí, señora; es un supuesto señor italiano que dice llamarse Giam-Batista, de unos setenta ó setenta y dos años.

— ¿Un señor italiano llamado Giam-Batista odia á Felipe?

— Un supuesto señor italiano, del supuesto nombre de Giam-Batista, fíjese bien, pues es tan italiano como yo, y ese nombre no es el suyo.

— ¿Quién es, pues, en realidad?

— En realidad, condesa — repuso lentamente Helouin, subrayando todas las palabras, — ese hombre es uno de los peores granujas que hay en la tierra, y su verdadero apellido es... Peyrolles.

— ¡Peyrolles! — repitió, asombrada, Aurora, aunque sin la explosión que esperaba Helouin.

— Sí, señora, Peyrolles, — confirmó el policía, á quien extrañaba la calma con que la condesa oyó esta revelación.

— Antes, hubo un Peyrolles que fué enemigo encarnizado de mi pobre Enrique... ¿será el de quien usted habla, de la familia?

— ¡Es él mismo, señora?

— ¡Él mismo!... Está usted en un gran error, amigo mío. El Peyrolles á quien yo me refiero, hace ya tiempo que no existe, pues fué muerto por la propia mano de mi marido. Yo asistí en persona á su castigo.

¡Oh! todo eso lo recuerdo muy bien. La escena del cementerio de Saint-Magloire, donde perdió la vida el miserable, está todavía tan presente en mi imaginación, como si se hubiera efectuado ayer.

— Sin embargo, le aseguro, señora...

— Mire — continuó Aurora, arrastrada por sus recuerdos, y sin fijarse en la interrupción de Helouin — he aquí cómo ocurrió la cosa:

Yo estaba de rodillas tras la puerta de la iglesia que rodea el campo santo, adornada con vestidos de novia y rogando á Dios que hiciera resplandecer la inocencia del que acusaban de haber asesinado á mi padre en los fosos de Caylus.

Condenado ó no, debía ser mi esposo, porque mi madre y yo conocíamos al verdadero culpable, que no era sino el príncipe de Gonzaga, su acusador.

Si era condenado, apenas terminada la ceremonia de la boda tenía que abandonarme para irse al cadalso.

Puede usted figurarse la mortal ansiedad con que aguardaba yo la sentencia del tribunal que lo juzgaba.

Á cada lado de la puerta estaban Cocardasse y uno de sus compañeros, un tal Passepoil, que debe de ser precisamente uno de los dos Passepoil que estaban con usted anoche; el padre, claro está.

Helouin dejó ver una seña afirmativa.

— Un poco más lejos — continuó la condesa — mi amiguita Flor, hoy señora de Chaverny, hablaba con éste.

De pronto, varios secuaces del príncipe de Gonzaga, que acababan de recibir de éste orden de raptarme, y entre los cuales estaba ese Peyrolles, sin saber que me defendían tres valerosas espadas, hicieron saltar la puerta de la iglesia por medio de palancas.

Pero, entonces, encontráronse frente á mis defensores.

Iba á entablarse la lucha, cuando, de repente, sonaban precipitados pasos por el césped del cementerio, en cuya oscuridad registraban mis ojos, y un hombre, descubierto y con los brazos al aire, precipitóse con la rapidez del rayo contra los cómplices de Gonzaga, los cuales, todos, y Peyrolles el primero, cayeron instantáneamente, heridos de muerte.

Era Enrique de Lagardère que, habiendo confundido á su cobarde acusador y sabiendo las órdenes que había dado á sus secuaces, corrió para protegerme contra ellos.

— Por lo tanto, vi con mis propios ojos morir al que usted me asegura que vive.

— Señora — replicó Helouin — sobrado sé que la cosa ocurrió como usted dice ; varias veces me ha contado Cocardasse la terrible escena. Sin embargo, le aseguro que el actual Peyrolles es exactamente el mismo que el Peyrolles de aquel tiempo.

La herida que recibió no sería mortal, y puede haber curado de ella.

— Pero si fué herido en la garganta, según dijo mi marido, y esas heridas, ya sabe usted que no perdonan.

— En general, no; pero de todos modos, hay excepciones y esta es una. La espada atravesaría la carne, sin interesar ningún órgano esencial.

— ¿Será posible?...

— No puede serlo más, señora, créame. He hecho una inquisición acerca de él, y estoy segurísimo de que no me equivoco.

Además, ya sabe usted que nunca aseguro nada á la ligera.

Por otra parte, Cocardasse y su amigo Passepoil le han reconocido perfectamente esta noche. Por lo tanto el miserable está vivo y sano ; y la única señal que le queda de la furiosa estocada que le dió su esposo, es un tiro que le obliga á bajar frecuente y bruscamente la cabeza contra el hombro izquierdo.

Probablemente, algún nervio lesionado.

— ¡Un tiro que le obliga á inclinar la cabeza contra el hombro izquierdo! — exclamó Aurora, á cuyas mejillas acudía una oleada de sangre.

— Sí, en esta forma... — dijo el policía, imitando el movimiento habitual de Peyrolles.

— ¡Oh Señor!... ¡qué sospecha!... ¿Si sería él?...

— ¿De qué sospecha habla usted, condesa?

— Mi desgraciado esposo, cuando me lo trajeron moribundo, me dijo, antes de expirar, que sus asesinos iban mandados por un hombre enmascarado, del que, naturalmente, no pudo ver la cara, pero en el cual había observado ese movimiento.

— Es verdad, también me lo ha contado Cocardasse ; pero ya no me acordaba.

— ¿Habremos descubierto al fin al asesino del conde Enrique de Lagardère ? — dijo con voz vibrante Aurora; cuya cara se iluminaba ya con la alegría de la venganza.

— Podría ser, señora.

— ¡Oh!... si estuviese segura!...

Hay muchas probabilidades de que sea Peyrolles

quien cometiera tal crimen; pero, sin embargo, no son más que probabilidades.

— ¡Dios mío! ¿Cómo las convertiríamos en seguridad?

— Hasta ahora, no veo el medio; sólo podría darnos certidumbre la declaración del culpable... y es casi evidente que si cogemos á ese culpable, no lo declarará.

Si esta noche no hubiésemos matado á uno de los bandidos que asaltaban á su hijo, un tal Matías Knauss, del que se servía hace años para el logro de sus deseos, tal vez hubiéramos podido obligarle á hablar y sacar de él algunas buenas confidencias.

Desgraciadamente, nos falta ese testigo.

— ¿Y esa Bathilde, que es también uno de sus instrumentos?

— Tiene usted razón; tal vez pudiera ella revelarnos la verdad.

La condesa llamó.

— Que venga inmediatamente la señorita Wendel — dijo á un criado que había acudido al llamamiento.

Y luego, á Helouin:

— Pero ¿dónde encontrar á ese Giam-Batista?

— Eso es fácil. Posee tal audacia el miserable viejo, que ha tenido el atrevimiento de hacerse presentar en la corte por el embajador de Venecia, el caballero Zeno; y ayer mismo estaba en el baile dado en el Louvre para festejar el regreso de los oficiales del ejército de Flandes.

— ¿Luego ha sorprendido la buena fe del embajador?

— Nada de eso. El caballero sabía perfectamente á qué atenerse respecto de él; y tan bien lo conocía, que era cómplice suyo y anoche mismo participó en el atentado contra su hijo.

— ¿Qué me dice usted?... ¡Un embajador!...

— ¡Oh! un embajador como ése... un aventurero de la peor clase, que ha derrochado en toda clase de orgías una fortuna colosal y sólo debe su posición á los servicios prestados en otro tiempo por su familia á la República de Venecia...

— Pero, si era uno de los que han atacado á Felipe, ya que ustedes han matado á todos, excepto á Peyrolles, debo deducir...

— ¿Que ha muerto también?... Naturalmente, yo mismo lo he matado, y su cadáver es el que está delante de la fachada del hotel.

— ¿Y por qué deseaba él también la muerte de mi hijo?

— Por una cosa muy sencilla, condesa. Una vez desaparecidos usted y su hijo, Bathilde heredaba ó creía heredar los millones que usted le lega en el testamento... y se convertiría en seguida en la señora embajadora, no sin que Peyrolles se llevase la mejor parte de la herencia.

— ¡Que cálculos tan horribles!

En aquel momento entró un criado.

— Señora condesa — dijo, — acaban de extraer del pozo el cadáver de un hombre que se había arrojado á él.

— ¡Que le han arrojado! — rectificó Helouin.

Y, en voz baja, dijo á Aurora.

— Es ese Matías Knauss de quien tal vez hubiéramos podido sacar algo acerca de los antiguos actos del ex factótum de Gonzaga en la época de la muerte del conde de Lagardère.

Pegóse en la frente como presa de una idea súbita y preguntó al hombre que acababa de entrar :

— ¿No han encontrado en el jardín un cuarto cadáver?

— No, señor — respondió el criado ; — acaban de recorrerlo de extremo á extremo, y no se han visto más cuerpos que los dos que están en el bosque y el del pozo, ó sea, por junto, tres.

— No se comprende — observó Helouin — y sin embargo, he visto rodar á mi hombre por el suelo, á consecuencia de una estocada que le he dado en pleno pecho.

Luego, tras una pausa durante la cual parecía meditar, añadió :

— En medio de todo, no sería extraño que haya sido yo víctima de una astucia por parte del caballero; y ahora que recuerdo mejor el modo de que ha caído, casi estoy convencido de que he sido tontamente engañado.

El astuto granuja, viendo que no podía librarse de mí, se habrá valido de la oscuridad para hacerme creer que le herí gravemente y fingir la inmovilidad de la muerte.

Y hasta recuerdo que sorprendido de su repentina caída al suelo, me incliné contra él para ver dónde le

había herido ; lo que no había conseguido aún cuando Cocardasse y Passepoil, que acababan de despachar á sus adversarios en el bosque, vinieron y me sacaron de mi examen.

— ¿ Luego, estará vivo ese hombre ?

— Mucho lo temo, señora.

— ¡Dios mío ! — exclamó Aurora, con angustia. — ¿Aún existen los dos enemigos más peligrosos de mi hijo ?...

Y ahora no sabemos dónde está él... Hasta ignoramos si estará este momento peleándose con ellos...

¡Oh! no quiero permanecer un minuto más en tal inquietud... Cueste lo que costare, necesito... en seguida... á mi hijo...

— ¿Germana? — llamó.

Acudió la criada.

— Pronto... mi silla, voy á salir.

— ¿Qué piensa usted hacer, señora? — preguntó Helouin.

— Correr á ver al teniente de policía, para que mande á todos sus agentes en busca de Felipe... cada momento que pasa puede serle fatal.

— No es mala la precaución. Pero, antes de salir, ¿no le parecería bien oír á la señorita Wendel?

Aurora no tuvo tiempo de responder.

El criado á quien había ordenado buscar á la señorita de Wendel vino á anunciarle que no se encontraba á ésta por ninguna parte, y que el desorden que reinaba en sus habitaciones parecía indicar una salida precipitada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— La desgraciada habrá ido á unirse con los otros — dijo la condesa.

— Es de suponer — observó Helouin.

— Razón de más para que yo acuda á la policía.

— ¿Quiere usted permitirme que la acompañe, señora? Tal vez pueda servir á usted de algo.

— Iba á rogárselo... ¡Ah! una palabra... no me ha dicho usted cuál era la posición de mi hijo.

— Soldado.

— Casi me lo figuraba. ¿Y en qué cuerpo?

— En los guardias franceses.

— ¿Y qué es?... ¿Simple guardia?

— Oficial, señora.

— ¡Oficial!

— Sí, su buena conducta en la última campaña le ha valido el ascenso. Antes no era más que sargento.

Y este primer grado, lo conquistó en el asalto de Praga, sobre las murallas á que subió delante del coronel Chevers.

— ¡Valiente y animoso como su padre! — exclamó con orgullo Aurora. — Ahora, caballero, salgamos pronto. No puedo aguardar más.

— Apenas es de día — observó Helouin; — tal vez sea demasiado pronto para ver al teniente de policía.

— ¡Qué importa la hora! — replicó Aurora, altiva — ¡Habría que ver al magistrado encargado de la seguridad pública, obligando á hacer antesala á la hija del príncipe de Lorena, á la viuda del conde de Lagardère!

La condesa quiso que Helouin subiera á su lado en la litera; mas éste se negó á aceptar tal honor.

— Además — añadió Helouin — yendo á pie, tendré la vista más libre para observar lo que ocurra en torno nuestro.

Cuando traspasaban el umbral del hotel, el policía vió á Passepoil y Cocardasse, que entraban en la calle de Francs-Bourgeois.

Se acercó á ellos de prisa.

— ¿Qué vienen ustedes á hacer por aquí? — les preguntó. — ¿Tienen noticias de Felipe?

— Ninguna — contestó Passepoil; — todavía no ha vuelto á casa, y veníamos por aquí á ver si, por casualidad, podíamos saber algo.

— ¿Ha hablado usted á la condesa? — preguntó Cocardasse.

— Le he dicho que hemos encontrado á su hijo; pero su alegría ha sido de corta duración al enterarse de los acontecimientos de anoche... Y tanto más, cuanto que no he matado á Zeno, como yo creía.

— ¡Cómo! ¿Qué dice? Si lo hemos visto tendido en el suelo, rígido como un tronco.

— Era una treta... Nos ha engañado, y ahora se estará riendo de nuestra candidez.

Así es que debemos temer más que nunca sus maniobras, como también las de Peyrolles, contra Felipe.

Por eso la condesa, cuya litera ven ustedes venir ahí, viene conmigo á ver al señor Hérault, teniente de policía, para que busque con toda diligencia á su hijo.

— ¡Caramba! nosotros también vamos, barón... ¿No es cierto, Amable?

— Claro que sí, mi noble amigo... si la señora Aurora

lo permite — replicó Passepoil, á quien siempre le gustaba guardar las formas.

— Estoy seguro de que ella consentirá muy de buen grado — replicó Helouin. — Contra más seamos mejor saldrá la cosa; no sabemos lo que puede ocurrir por el camino.

La litera llegaba. Al hallarse junto á los tres hombres, Cocardasse y Passepoil pidieron á la condesa permiso para escoltarla.

Aurora se lo concedió muy á gusto.

— Sí, amigos míos, vengan — les dijo; — en su compañía, me sentiré más fuerte.

Entonces se dirigieron todos con paso rápido hacia la plaza de las Victorias, en donde estaban instaladas provisionalmente las oficinas de la policía.

III

LA PUERTA EXCUSADA

Volvamos ahora á Felipe.

Al salir del callejón, empezó el joven á caminar á la ventura, pensando en cuanto le había sucedido en dos horas.

Pero su imaginación no podía especificar nada.

Su conversación con Bathilde en el baile, la visita á casa de ésta, el lazo que le habían tendido, su largo recorrido á través de las vastas y silenciosas habitaciones del hotel, el retrato que vió en aquel cuartito, frente al busto y á la cuna del niño, la mujer dormida junto á la cual se había arrodillado, todo eso pasaba y volvía á pasar por su cerebro, sin orden ni ilación, en fantástica cabalgata.

Sin cuidarse del penetrante frío de la noche y de las horas que se deslizaban, caminaba sin tener la menor idea de la distancia que recorría.